

## Buscadores de Tesoros Primera Parte



Los «Cazatesoros», bien sean individuos o entidades, están rodeados de una cierta polémica social y estatal, al menos en nuestro país, que conforme a la Ley del Patrimonio Histórico, concretamente bajo la *figura jurídica* de BIC (Bien de Interés Cultural) define como propiedad del Estado: *«cualquier lugar o paraje natural donde existen bienes muebles o inmuebles hayan sido o no extraídos, y tanto si se encuentran en la superficie, en el subsuelo o bajo las aguas territoriales españolas»*. Y sigue: *«Igualmente, cualquier actividad arqueológica, sea extractiva o no, deberá ser autorizada por la administración competente. La realización de prospecciones o excavaciones sin autorización está calificada como infracción administrativa grave, y puede llegar a ser delito penal, si conlleva expolio»*.

Resumiendo: está prohibida cualquier actividad relacionada con la extracción de bienes arqueológicos, tanto terrestres como submarinos.

Cualquier cazatesoros está incurriendo en delito por el hecho de extraer del suelo o del fondo marino cualquier objeto de interés arqueológico. En España, pues, no es posible dedicarse legalmente a esta actividad, de ahí que todos estos Buscadores de Tesoros sean «ilegales» y se les califique de expoliadores, furtivos, etc.

Las leyes están para cumplirse y así ha de ser, pero la existencia de una ley no significa que se esté de acuerdo con ella porque estamos en un país libre y podemos manifestar nuestra disconformidad con las disposiciones vigentes.

Debo aclarar que no estoy a favor de la libertad de acción en cuestión de expoliación, más bien estoy a favor de leyes que permitan la doble función de rescatar objetos tributando, o cediendo, o pagando al Estado; cualquier sistema cuyo resultado fuese el afloramiento de objetos enterrados o sumergidos para bien del público, en general, que pudiera disfrutar del conocimiento de los hallazgos; para bien del Estado que recaudaría dinero o recogería para su patrimonio o museos parte de lo rescatado; para bien de la economía que se beneficiaría del movimiento mercantil consiguiente, de la creación de empleo, etc. etc.



### Un «ilegal» o «furtivo» con su detector en una playa

Mirando a otros países, como los EE.UU., cuyas leyes permiten, con condiciones, la actividad del «rescate» o «salvamento» de objetos arqueológicos, vemos que, en general, sus leyes al respecto son bastante laxas (también dependiendo de en qué Estado nos encontremos). Por ejemplo, en el Estado de Florida autorizan con cierta facilidad la actividad de «salvamento», envían al lugar en cuestión a un funcionario que vigile los hallazgos y el Estado se queda con el 25% de lo recuperado o extraído. De esta manera se consigue con bastante eficiencia que todo sea legal y se acaba (al menos en las grandes empresas) con el mercado negro de antigüedades. Claro que nadie puede evitar que no existan cazatesoros incontrolados, más o menos organizados que actúen fuera de la ley; o buscadores aficionados provistos de buscametales que actúan esporádicamente.

En ciertas playas de la costa de Florida, allá por los años 60 y 70 del pasado siglo, cuando se supo que algunas empresas estaban rescatando, muy cerca de la costa, objetos de la Flota española naufragada en 1715, las playas se convirtieron en un hervidero de excursionistas provistos de herramientas para la búsqueda y captura de objetos, enseres, joyas o monedas. Se sabía que tras el paso de huracanes las aguas someras afloraban a las playas restos de los naufragios. Algunos afortunados tuvieron bastante éxito.

Centrándonos en lo que a todos nos interesa: las monedas, entraremos de lleno en la actividad de salvamento de estas empresas y personas que hicieron historia con sus multimillonarios rescates. Vamos a contar la historia de los grandes Buscadores de Tesoros de la historia reciente, especialmente aquellos que se dedicaron al «salvamento» de los pecios de las naos españolas naufragadas. Casi todos los escritos referentes a estos «cazatesoros» aportan una visión romántica del tema y del personaje, tratándoles como «Grandes Hombres» que destinaron su vida a la ardua búsqueda de tesoros y olvidándose de la importante rentabilidad que les aportaban sus hallazgos.

Sin duda el lugar donde se han rescatado más pecios españoles en los últimos años del pasado siglo es en el estado norteamericano de Florida. Este Estado, como ya hemos dicho anteriormente, se quedaba con el 25% de lo rescatado, el 75% restante se destinaba, en parte, a sufragar los gastos que ocasionaban las expediciones que estos buscadores soportaban, y lo restante era el beneficio que a la empresa buscadora le correspondía. La remuneración por el trabajo y la

dedicación de estos hombres es muy loable, pero hablando en cifras económicas obtenidas por la venta o subasta de los tesoros encontrados, es fácil comprender, sin entrar en detalles cuantitativos, que las fortunas que se podían amasar eran inmensas, aun considerando la honradez de los descubridores y que todo fuese declarado.

Desmitifiquemos un poco el altruismo que se atribuye a estos personajes.

Mel Fisher, 1922-1998

Fue uno de los pioneros en la industria del buceo, un soñador y un visionario, el descubridor del mayor tesoro desde que se abriera la tumba de Tutancamón, el hombre que compartió con el mundo la recompensa de las exploraciones del Nuevo Mundo por España.

Nacido en 1922 en Hobart, Indiana, Mel leyó «La Isla del Tesoro» de niño y probablemente fue lo que le despertó la fiebre por la búsqueda de tesoros. Mel, un inventor, siendo todavía muy niño, recuerda que hizo su primer casco de buceo con un balde, un pedazo de manguera y una bomba de bicicleta. Estudió ingeniería en la Universidad de Alabama, antes de unirse al ejército durante la Segunda Guerra Mundial. Durante la guerra, viajó por toda Francia y Alemania reparando todo aquello que había sido bombardeado. Con todo este material a su alcance, mejoraron sus aptitudes de mecánico y de inventor; debido a las necesidades de la guerra, empezó a fraguarse algo que más tarde pasaría a ser su deporte: el submarinismo. El desarrollo del «Self Contained Underwater Breathing Apparatus» (Aparato Autocontrolado de Respiración Submarina o SCUBA por sus siglas en inglés) permitió que por primera vez fuera posible trabajar y divertirse en las profundidades marinas.



**Mel Fisjer luciendo una cadena «rescatada»**

En 1950 se mudó a California, donde abrió el primer centro de buceo del Estado en un cobertizo de una granja. Era pequeño, pero era el único lugar en el que los buzos podían conseguir un equipo. Mel ofrecía clases gratis de buceo a cualquiera que comprara el equipo.

Resuelto a desarrollar este deporte, modificó los equipos existentes de buceo y snorkel para hacerlos más fáciles de usar. Y cuando lo consideraba necesario, inventaba un equipo él mismo. Financió sus actividades personales de buceo con la filmación de las primeras películas submarinas que mostraban las maravillas del mundo acuático y exhortaban a la gente a aprender a bucear. En 1953, decidió vender el negocio y concentrarse en el mundo del buceo. Se fue a vivir, con su mujer y sus padres, a los Cayos de Florida, donde combinaron el negocio con el placer mientras filmaba una de sus películas más conocidas, «The Other End of the Line».



**Fisher junto a un trofeo, un cañón, en el muso que él mismo fundó, el «Mel Fisher Maritime Museum».**

Trabajaron incesantemente, fabricaron uno de los primeros trajes de buceo, construyeron sus primeros arpones... El padre de Mel, Earl, se encargaba de hacer pesas de plomo, de llenar los tanques de aire y de reparar los equipos, mientras que su madre, Grace, ayudaba a administrar el negocio.

Los comienzos de Fisher, en búsqueda de oro o tesoros, no fueron en el mar, sino en los ríos. Desde 1849, California había sido el Estado de la fiebre del oro y la búsqueda del metal precioso era un pasatiempo popular. A Mel, dándose cuenta de que el equipo SCUBA podía ofrecer mucho mejor acceso a los bancos de los ríos, se le ocurrió dar una pequeña conferencia sobre el tema. Su audiencia fue inmensa. Había nacido un nuevo pasatiempo. A medida que crecía su popularidad, las ventas del centro de buceo aumentaban y los Fisher disfrutaban enseñando y buscando oro ellos mismos.

Procuró no dormirse nunca en los laureles, comenzó a bucear en restos de embarcaciones y pronto descubrió el placer del salvamento histórico (¿arqueología submarina?). Bucearon por todo el Caribe y América del Sur mientras filmaban películas o simplemente exploraban.

Pronto los Fisher se interesaron más por bucear en lugares de gran interés natural o histórico. En el camino de regreso de una de sus expediciones de buceo en 1964, los Fisher conocieron, en Florida, a Kip Wagner, un buscador de tesoros de la zona.

A comienzo de los años 60, Wagner había encontrado monedas de plata que el mar había arrojado y esto fue lo que le motivó para dedicarse a la «búsqueda de tesoros». Wagner fundó una compañía llamada «Real Eight» (Real 8) y consiguió concesiones del Estado para investigar en zonas prometedoras del lecho marino. Comenzó a buscar restos del tesoro de la Flota de 1715, flota que se había hundido a lo largo de la costa entre la bahía de Sebastian y Fort Pierce.



**Kip Wagner, 1906-1970.  
Buscando tesoros  
con un rústico buscametales**

Los Fisher se mudaron a Florida, porque se dieron cuenta de que era la manera de hacer realidad el sueño de dedicarse a la «Caza de Tesoros» y a tiempo completo. Mel trajo consigo, desde California, un equipo de buceadores e ingenieros expertos, que estaban fascinados por la búsqueda de restos de naufragios. El grupo lo componían: Rupert Gates, Demosthenes «Mo» Molinar, Dick Williams, Walt Holzworth, Arnold McLean y Fay Field. Este grupo ostentaba el nombre de Universal Salvors (más adelante, se denominaría «Treasure Salvors»). Universal Salvors y el equipo de Kip Wagner trabajaron conjuntamente en varios salvamentos.

Mientras trabajaban en un naufragio llamado «Colored Beach Site», Mel y Universal Salvors descubrieron «una alfombra de miles de monedas de oro en el fondo del mar». Este fue el primero de varios descubrimientos impresionantes conseguidos por el grupo. Estos hallazgos trajeron generaron una avalancha de «buscadores de tesoros» al lugar, lo que forzó al Estado de Florida, como ya se ha dicho, a promulgar una ley que rigiese los descubrimientos y la participación del Estado en los tesoros encontrados en sus aguas. Los buscadores serios, tales como Mel Fisher y Kip Wagner, obtuvieron contratos del Estado para realizar operaciones de «salvamento de tesoros».

Buceaban en los restos de la flota de 1715 todos los días.

Todos los socios de «Treasure Salvors» aportaban sus distintas habilidades y pericias al proyecto. Fay Field, un ingeniero que había desarrollado unos años antes su propio magnetómetro (buscametales) para localizar naufragios, se convirtió en el principal inventor del grupo y colaboró con Mel para perfeccionar los «buzones», el sónar de escaneo, los rastreadores del fondo submarino y otros equipos. Walt Holzworth era un coleccionista de monedas que no sabía bucear cuando se unió a los Fisher. En aquel entonces tenía 55 años y tuvo que tomar clases de Mel. Mo Molinar era capitán de barco y mecánico de embarcaciones, los Fisher le conocieron en Panamá y se había ido a trabajar para ellos a California. Dick Williams era un ingeniero muy versátil. El

soldador Arnold McLean ayudó a desarrollar detectores nuevos, mientras que Rupert Gates estaba especializado en mantener las cosas ordenadas y en calmar a los trabajadores cuando se frustraban.

En 1968, la compañía había recuperado gran parte de los tesoros de las naves que formaron la Flota de 1715 y estaban estudiando otras alternativas de búsqueda. Mel decidió mudarse a un lugar de los Cayos de Florida más abundante en naufragios, para buscar los galeones de la «Flota del Tesoro de 1622» que se sabía que se había hundido



en las aguas de los Cayos. Inicialmente los Fisher se mudaron a Isla Morada para dedicarse a la Flota de 1733, una investigación que había sido iniciada por otro buscador de tesoros famoso, Art McKee. Varios «buscatesoros» también vivían allí, entre ellos Bob Weller, Bobby Klein, Craig Hamilton, Marty Meylach y Tom Gurr, pero había cabida para todos y todos se llevaban bien. Un día de asueto alguien encontró una copia de «The Treasure Diver's Guide» de Potter, en la que se describía al galeón *Nuestra Señora de Atocha* como uno de los naufragios más ricos que jamás se hubiera perdido. No sólo se había perdido en los Cayos de Florida, sino que los autores españoles contemporáneos situaban el lugar en la punta de los cayos de Matecumbe. Como Isla Morada estaba al lado de Matecumbe, parecía obvio que habría de ir tras este legendario tesoro.

**Galeón español. Siglo XVI, similar a los naufragados de la gran Flota de 1715**



**Tesoro de Onzas de Lima encontrado por Moe Molinar y su equipo en 1988, acuñadas entre 1707 y 1714. Procedentes de la Flota de 1715.**

Foto amablemente cedida por

[www.1715fleetsociety.com/html/photo\\_gallery/photogalleries.html](http://www.1715fleetsociety.com/html/photo_gallery/photogalleries.html)



**Onzas de Lima y México  
rescatadas de la Flota de 1715.**

Se inició la búsqueda. No era posible determinar un lugar exacto que señalaban los archivos españoles, pero éstos sí mencionaban aguas profundas. Encontraron varios de los naufragios de 1733 y una variedad de objetos que iban desde columnarios (monedas) hasta trabucos de chispa y candelabros de plata, pero no encontraron el Atocha. En una iglesia metodista local conocieron a Eugene Lyon, quien resultó que, no sólo sabía hablar español, sino que podía leer los «garabatos» inescrutables en los que gran parte de los documentos de los archivos españoles estaban escritos. A Eugene Lyon se se dirigía a Sevilla para tomar datos para su tesis doctoral, le ofrecieron \$10.000 y una participación en el tesoro de *Nuestra Señora de Atocha* si encontraba algo útil sobre el paradero de este galeón hundido.

En los archivos descubrió que los «matecumbe» de esos tiempos se referían a todos los Cayos de Florida y que existía un relato de intentos españoles del salvamento de la flota de 1622, cerca de los Cayos del Marqués, las Marquesas actuales, cuarenta millas al oeste de Key West.

Durante los años 70 encontraron fragmentos de la flota de 1622, algunos de ellos espectaculares, otros ordinarios.

El fin de semana del *Día del Soldado Desconocido* de 1985, uno de los equipos encontró 13 lingotes de oro, 4 joyas con engastes de esmeraldas, una cadena de oro y numerosas monedas. ¿Era parte del tesoro del *Atocha* o era un hallazgo del *Margarita*?

Días más tarde, una señal del magnetómetro indicó un gran objeto en el lecho del mar. Dos buzos, Andy Matroci y Greg Wareham, bajaron a investigar. Los esperaba un arrecife que lucía como el cristal. Los buzos subieron a recoger un detector de metales y volvieron a bajar. El detector de metal enloqueció: era un arrecife de lingotes de plata. Andy subió a la superficie y gritó hacia la embarcación de salvamento, «¡Es el filón principal! ¡Estamos sobre lingotes de plata!».

La larga búsqueda había concluido. Los lingotes de plata estaban apiñados como troncos de leña. Monedas por todas partes... Habían encontrado 1.041 lingotes de plata y cajones con 3.000 monedas en cada uno.

La prensa mundial tenía una primicia que muchos pensaron que nunca llegaría.

Dos semanas más tarde, a medida que seguían buscando en el lugar, encontraron 65 libras de oro en 77 lingotes, 7 discos de oro y 7 cadenas. Continuaron y encontraron numerosos objetos de oro y plata, además de casi 3.000 esmeraldas colombianas.

Sacar la plata del mar era sólo parte de la tarea que el filón principal conllevaba. Duncan y su equipo arqueológico comenzaron la importante tarea de registrar la evidencia de la información del fondo del mar, lo que completaría los detalles que faltaban de la historia de la pérdida del *Atocha*. Este proceso continúa actualmente.



**Lingotes y monedas rescatados de la nao *Nuestra señora de Atocha*. Galeón que formaba parte de la Flota de Indias, hundido en 1622 frente a las costas de Florida. Rescatado el 20 de julio de 1985. Transportaba un cargamento importante de oro y plata, calculado en 400 millones de dólares**

«La gente necesita símbolos y el *Atocha* es el tipo de símbolo de una gran aventura, una persistencia tremenda y un sueño que se hizo realidad», dijo el Dr. Eugene Lyon. «También es un logro cultural tremendo que debemos a aquellas personas que fueron, persistieron y encontraron los restos de la embarcación y los recuperaron».

Dos años después del descubrimiento del filón principal, los cuidadosos esfuerzos de recuperación y preservación han dado como resultado un cargamento impresionante, tanto en cuanto a objetos, como a tesoros. Las estimaciones del valor de lo rescatado en el naufragio van de 200 a 400 millones de dólares. Entre los hallazgos se encontraban 127.000 monedas de plata; más de 900 lingotes de plata que pesaban 70 libras cada uno; más de 700 esmeraldas de alta calidad y aproximadamente 2.500 piedras preciosas; más de 250 libras de lingotes, discos, pedazos y cadenas de oro; y cientos de artículos de joyería, plata, crucifijos y monedas de oro.

Desde principios de los años 60, el número de onzas en la colección del Museo de Florida ha aumentado con cada nuevo descubrimiento de modo que hacia 1999 más de 1.500 de estas monedas pasaron a manos del Estado. Nunca tantas monedas han estado acumuladas en un lugar donde podían ser investigadas, tranquilamente, por numismáticos e historiadores. Podemos decir, con cierta garantía, que aproximadamente tres cuartas partes de todas las monedas salvadas han sido distribuidas entre los muchos buscadores e inversionistas y que, en su momento, se han ido deshaciendo de ellas sistemáticamente. Podemos tratar de adivinar la cantidad de onzas que fueron fundidas en lingotes, en 1981, cuando la especulación forzó el precio del oro a casi 800 dólares por onza.

Fin de la Primera Parte. Continuará.

**Rafael Tauler Fesser**  
**[www.onzasmacuquinas.com](http://www.onzasmacuquinas.com)**  
**[onzasmac@onzasmacuquinas.com](mailto:onzasmac@onzasmacuquinas.com)**